

y se enteró de que había sido engañada, sufrió tal impresión que se puso loca. Ya en el viaje de vuelta dicen que empezó á dar muestras de locura echando pestes contra su marido y lamentándose amargamente de no estar casada con Viana.

Así creo que continuó algun tiempo: despues ha mejorado, pero sigue padeciendo una especie de aburrimiento continuo... Por ahí la suelo encontrar sola y me da lástima, pues además de no tener coche puede decirse que no tiene tampoco marido, porque el de Miguelterra no la hace caso.

III

LA BODA DE ISIDORO

LA BODA DE ISIDORO

I

¡Qué guapa estaba Catalina!

Me parece que la estoy viendo, con una basquiña de cúbica que la llegaba hasta cerca de los tobillos, un jubon de alepin de mangas anchas, muy ajustadas á la muñeca, medias azules acuchilladas de encarnado vivo, zapatos atacados con galon de seda, pañuelo de *Barés* (*Barèges*), de fondo blanco con listas azules, al cuello, coronando todas estas galas una mantilla de franela negra con forro de vitan amarillo y con un terciopelo labrado todo alrededor, lo menos de dos dedos de ancho...

¡Ah! y se la veían por entre la mantilla unos magníficos zarzillos de oro frances que casi la posaban en los hombros: como que le habían costado al novio diez y siete reales en la feria de Ramos...

En cuanto al físico, Catalina era una morena... Pero no anticipemos los sucesos... ni los novios.

Catalina está en Los Espejos, pueblecillo risueño y alegre, situado á la derecha del Esla, por más que el Diccionario de Madoz nos diga que está á la izquierda, y nosotros estamos todavía en Salio, que está realmente á la orilla izquierda del río, pero más abajo, á legua y media de distancia.

De modo que todavía tardaremos en llegar un rato bueno.

Un rato que se le va á hacer un siglo á Catalina, que nos está esperando desde el amanecer para casarse. Se ha levantado al ser de día, porque no pudo dormir en toda la noche, y espera que te espera, y el novio y el acompañamiento sin llegar... ¡Es claro! como que todavía no nos hemos puesto en camino. Ahora vamos á montar á caballo... Pero ante todo, verán ustedes por qué fuí yo de boda.

Comienzo por decirles que Pedrosa del Rey es una villa muy hermosa, la más hermosa de la tierra.

Está situada á la respetable altura de 1.060 metros sobre el nivel del mar, en medio de una vega deliciosa de floridos prados, que riega con sus abundantes y cristalinas aguas el río Esla, sobre el cual tiene un puente de tres ojos

grandes, y cuatro más pequeños en la calzada que le da acceso, construído por los Reyes Católicos, como su hermosa iglesia.

A la parte del Norte, como resguardo contra el cierzo, tiene una cuesta llena de árboles frutales y plantas aromáticas que es un encanto. Al Sur, en la lejanía, grandes hayedos y robledales que divide el valle de Valmanzano, por donde entra la carretera de Saldaña, desde la cual, unos kilómetros antes de llegar, se empieza á ver la parte occidental de la población, un precioso grupo de casas blancas por el frente y coloradas por la cimera, pues la teja es muy encarnada, destacándose vigorosamente ambos colores sobre el fondo verde del arbolado y de la pradería. Hacía el Poniente... Pero la pobre Catalina nos está esperando y no hay que entretenerse en perfiles.

Baste saber que Isidoro, y aprovecho la ocasión para presentar á ustedes el novio, era un excelente muchacho que había sido criado de casa de mis padres muchos años, cuando yo era niño.

Era de Salio, lugarcillo situado á un cuarto de legua de Pedrosa, al otro lado del Esla, hacia el Poniente, y todos los domingos me solía llevar con él á su pueblo cuando iba á mudarse.

Por eso era yo popular en Salio: todos me conocían, y yo conocía á todos.

Los niños me miraban con cierta admiración porque iba bien vestido, pues ya cuidaba Isidoro al marcharse de que me pusieran de punta en blanco. Las personas mayores, ya fuera por agradecimiento á los favores recibidos de mi familia, ya por naturales hábitos de amabilidad y de complacencia, todas eran á hacerme caricias y mimos. ¡Ah! y me llamaban siempre con un diminutivo que aun me está sonando en los oídos, y ¡qué bien me suena!

La madre de Isidoro, que era una pobre mujer, me solía obsequiar con nueces, avellanas ú otra fruta segun la estacion; pero en todo tiempo, indefectiblemente, me daba una torreja de pan cubierta con una espesa capa de manteca recién maceada, y sobre la manteca una cucharada de miel, que... me río yo de la consabida miel sobre hojuelas. No creo haber probado jamas en mi vida otro manjar que me gustara tanto.

Unos años despues se había muerto el padre de Isidoro, y éste había dejado de servir para irse á vivir con su madre, la cual, como iba teniendo ya mucha edad y estaba para poco, aconsejó á su hijo que fuera tratando de acomodarse.

Isidoro había conocido á Catalina en Pedrosa, donde ella solía venir á espadar lino todos los inviernos, y le gustaba porque era hacendosa y dispuesta, y además muy bien parecida. ¡Yo lo creo! Y aunque se diga que era guapa no se dice nada de sobra.

¡Vaya sí lo era! ¡Habían de haberla visto ustedes en la última romería de San Tirso, que fué donde le acabó de gustar á Isidoro.

El cual, decidido á complacer á su madre en lo de acomodarse pronto, dijo para sí: —Esta muchacha creo que me conviene, y como me quiera no he de buscar otra. Así es que, en cuanto ella salió á bailar con otra amiga suya, Isidoro cogió á uno de sus compañeros y se fueron á separar la pareja; y, es claro, á Isidoro le tocó bailar con Catalina, y bailó muy á gusto, y hasta gritó una vez: *¡Viva la mía!* al dar la vuelta.

Despues Catalina tocó la pandereta, é Isidoro, en lugar de bailar aquel baile, se puso á su lado, y entre cantar y cantar, la dijo cuatro cosas ya un poco alusivas al asunto.

Ella no se presentó mal aquella tarde, y con eso, ya por el invierno adelante, se animó Isidoro á ir á Los Espejos dos ó tres domingos á prima noche, y habló con ella en la hila del tío Marcelino; y aún parece que alguna vez, al salir de la hila, no se marchó inmediatamente

para Salio, sino que se quedó por allí hasta despues de la media noche para echar con Catalina un párrafo por la ventana.

Por cierto que en una de éstas le cogieron los mozos del pueblo y le hicieron pagar los derechos de costumbre. Le llevaron á la taberna del Pisonero que estaba al otro lado del río, sobre el cabecero del puente, y tuvo que pagarles media cántara de vino y ademas la sosiega, ó sea media azumbre de aguardiente. Pero, eso sí, le llenaron de brindis mientras bebían, deseándole término favorable en su pretension y augurándole para despues todo género de felicidades.

Desde aquella noche Isidoro siguió visitando á Catalina con más frecuencia y con más tranquilidad, y en aquellas visitas entre que no y que sí, que si así, que si andando, que si fué, que si vino, que arriba, que abajo, que torna, que vuelve, por fin una noche le autorizó para pedirla.

Y efectivamente, á los pocos días volvió Isidoro á Los Espejos una tarde al oscurecer, acompañado de su tío Juan y de su primo Francisco, y se dirigieron los tres á casa de los padres de Catalina, donde ya les esperaban con cena puesta; y despues de los saludos de ley y de sentarse todos al amor de la lumbre, el tío Juan, con una emocion parecida á la de Lujan

en el papel del confitero retirado de *Los Pavos Reales*, tomó la palabra y dijo:

—Con que... yo supongo que ya saben ustedes á lo que venimos. Aquí el mi sobrino Isidoro está prendado de Catalina, la hija de ustedes, y quiere hacerla su mujer, como Dios manda. Ella, segun parece, no le ha dicho que no, y yo vengo... como el muchacho es huérfano de padre, vengo yo en representacion de mi cuñado Manuel que esté en la gloria, y en nombre de mi hermana, á pedir á ustedes la mano de su hija Catalina para...

—Tío, ¿la mano nada más?—le interrumpió Francisco, queriendo quitar á la escena el carácter demasiado diplomático que iba tomando. —A mí me parece—añadió—que Isidoro querrá á Catalina entera y verdadera y que no se contentará con una mano sola.

—Bien, hombre; pero así creo que se dice—repuso el tío Juan sonriéndose un poco, pero sin perder la gravedad con que había empezado.

—No señor—replicó Francisco que tenía sus puntas de persona instruída porque había sido algunos años maestro de escuela de invierno en un pueblo de la Valdavia:—eso lo habrá usted leído alguna vez en los papeles del secretario; pero lo natural es que usted pida á estos señores su hija Catalina para mujer de Isidoro...

—Pues nosotros—comenzó á decir el padre de la novia,—nosotros somos... tenemos... nosotros estamos...—y como no acertaba á seguir adelante acudió en su auxilio su mujer y dijo con discrecion sencilla:

—Puesto que los muchachos parece que se tienen inclinacion, nosotros no queremos quitársela. Que se casen, y Dios quiera que sea para su santo servicio.

—Amen, tía Josefa—dijo á media voz, pero con mucha expresion de sinceridad, Isidoro.

—¿Y tú qué dices?—dijo el padre de Catalina dirigiendo la vista al sitio donde ella estaba poco antes.

Pero Catalina ya no estaba allí: se había retirado ruborizada en cuanto habían comenzado á hablar de ella.

—¡Ah! se marchó la pobre hija mía—dijo su madre sonriéndose;—pero cuando ella ha consentido á los señores que dieran este paso, ya no es necesario volver á preguntarla su parecer.

—Isidoro ya le sabrá—dijo Francisco, siempre tratando de quitar gravedad á la escena.

—Creo que sí—le contestó Isidoro modestamente.

—Pues no hay más que hablar—dijo el padre de la novia.

La madre salió entonces á buscar á Catalina á la habitacion inmediata, y la dijo:

—Ven, hija mía, que ya se ha concluído.

Catalina volvió á entrar detras de su madre y cruzó con Isidoro una mirada tímida y cariñosa.

En seguida comenzó la cena, amenizada con algunos chistes del primo del novio, reinando en ella la franqueza y la cordialidad más agradables.

De sobremesa se hicieron los tratos, reducidos á que la novia manifestara su gusto y su deseo respecto de las vistas, á que los padres dijieran los enseres, el ganado y las tierras y prados que pensaban darla para comenzar á vivir, y, por último, á que se escribieran por duplicado las amonestaciones para entregarlas á la mañana siguiente á los señores curas de ambos pueblos, y se acordara el día de la boda, quedando señalado el 9 de Julio, sábado por más señas.

II

Dos semanas antes, Isidoro había ido á casa de mis padres y había solicitado de ellos la gracia de que el *señorito* le acompañara en *ese día*, en el día de su boda, en lo cual tendría él y tendrían todos los suyos mucha satisfaccion, añadiendo que ya procurarían obséquiarle con la pobreza de que podían dispo-

ner, y, sobre todo, con una buena voluntad, que es lo que vale.

Era yo entonces un mozalbetillo imberbe que acababa de salir del colegio á vacaciones; tenía quince años para diez y seis, esa edad en que á uno se le figura que todo el monte es orégano, y excuso decir cuánto me alegré de que mis padres no supieran resistir á la petición del pobre Isidoro. ¡Como que así tenía ocasión de hacer de persona y de que me hablaran de *usted*, cosas que en esa edad gustan tanto!... ¡Ah! y además tenía que ir á caballo, y llevar un caballo para mí solo... Hasta cierto punto, pues difícilmente me escaparía de llevar ancas. Lo cual por otro lado también era agradable, porque era considerarle á uno como persona formal y...

Efectivamente, al tiempo de montar á caballo, cuando ya casi todos los jinetes llevaban atrás su pareja, resultó que la hermana del novio, Balbina, una muchacha muy repolisca y no desgraciada, no tenía buenamente con quién ir, y... si el señorito fuera tan amable... y, es claro, el señorito fué tan amable que la mandó ponerse á las ancas de su caballo, donde iba ella más hueca que perro con pulgas.

Echamos al trote. Rayaba el sol por las cimas de los montes, y la mañana estaba her-

mosísima. En cinco minutos llegamos á Pedrosa, pasamos el puente, y, á la orilla del río arriba, sin entrar por las calles de la villa, nos encontramos por cima de la iglesia.

Á la vuelta, cuando traigamos con nosotros á la novia, es de rigor que pasemos por todos los pueblos intermedios, para que salga la gente á recibirnos y á dar la enhorabuena á los recién casados; mas ahora, á la ida, la gala está en que no nos vean, ni en ninguna parte den cuenta de nosotros.

Por eso no entramos tampoco en Boca de Huérgano: ¿qué habíamos de entrar? pasamos por las eras, dejando á la derecha las casas. Á la misma mano dejamos luego á Villatrea, y por la vega de San Roque, tapa, tapa, tapa, llegamos en un periquete á Los Espejos, donde se nos recibió á tiros... No hay que asustarse: quiero decir que se nos recibió, según costumbre, con una docena de salvas disparadas con escopetas.

No podíamos ir á apearnos á casa de la novia: no estaba bien: la etiqueta lo prohibía. Nos apeamos al extremo opuesto del lugar, en la portalada de la casa de un pariente lejano del primo de Isidoro, y desde allí, después que el novio y todos los demás hombres formales se pusieron la capa, prenda de rigor en todas las bodas, aunque sean en Julio, fui-

mos en procesion á sacar á la novia de su casa.

Entramos por ancha puerta de arco en el portal, que era muy espacioso, y vimos tendido en el medio un cobertor azul de tinte fino y encima dos almohadas guarnecidas de encaje casero.

El novio y el padrino, que era el mismo tío Juan que fué á hacer los tratos, entraron los primeros y llamaron.

—¡*Deo gratias!*

—¡*A Dios sean dadas!*—contestaron de adentro, lo cual era como decir: ¿quién es?

—*Gente de paz*—replicó el tío Juan con voz un tanto conmovida.

Un minuto despues aparecía por la puerta de la derecha el padre de la novia, y sin saludar en la forma ordinaria, por no ser de ritual el saludo en semejantes casos, preguntaba de la manera más diplomática posible:

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—Aquí venimos—le contestó el padrino en el mismo tono—en busca de una prenda que usted nos ha prometido...

—¿Es ésta?—preguntó el padre de la novia, despues de haber entrado en una habitacion de donde sacaba en la mano una escopeta de Eibar.

—No, señor; no es arma de muerte—le contestó el padrino.

—¿Será ésta?—volvió á preguntar el dueño de la casa sacando en la mano una jarra de cristal.

—No, señor—contestó el padrino impasible;—no es ésa; es otra que tiene usted y tenemos nosotros en mucho más aprecio; es su hija Catalina, á quien hace dos meses, por mediacion mía, pidió á usted mi sobrino por esposa.

—¡Catalina!—dijo entonces el padre en voz alta,—ven, que á tí te buscan estos señores.

Y salió Catalina muy hermosa, con aire de encantadora y sencilla modestia, y ataviada como la he descrito al principio, diciendo:

—Buenos días tengan ustedes.

Tras de la contestacion afectuosa de los que acompañábamos al novio, dijo á Catalina su madre que salía con ella:

—Mira, hija mía; estos señores quieren que le cumplas á Isidoro la palabra que le has dado...

—Eso es—dijo el padrino con su acostumbrada gravedad;—si estás á cumplir la palabra que has dado, vente con nosotros á la iglesia.

—Iré, con la bendicion de mi padre—dijo Catalina con voz apenas perceptible. Y dicho

esto se arrodilló sobre las almohadas que estaban encima del cobertor azul, inclinando profundamente la cabeza.

Entonces su padre, tomando el aire de los antiguos patriarcas, levantó la mano derecha muy extendida, y dijo, haciendo al mismo tiempo sobre su hija la señal de la cruz:

—Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.—Y añadió besándola en la frente al tiempo que ella se levantaba:—Dios te dé, hija mía, toda la felicidad posible en esta vida y despues la felicidad eterna.

—Así sea—contestamos todos.

Catalina besó respetuosamente la mano á su padre y á su madre, y poniéndose al lado de la madrina y de las otras mujeres que iban á acompañarla, dijo con voz apagada:

—Vamos.

Y echamos á andar.

Al salir á la calle se repitieron las salvas, sonando una especie de descarga cerrada que se fué convirtiendo en fuego graneado, pero sin cesar, hasta que llegamos á las puertas del templo.

A más de los tiros, y como si su estruendo no fuera bastante para aturdir á la novia y al novio y á los convidados, tocaban los mozos un tambor que producía un ruido des-

agradable, si se quiere, y áun sin quererlo, pero muy alegre, con esa alegría que se desborda.

Y como si todo esto fuera poco, las mozas, divididas en dos coros, en el tono especial de cantar á bodas, algo monótono, pero alegre tambien, nos atronaban los oídos á cantares.

Estos cantares de bodas tienen ademas del tono, estructura especial, combinacion métrica distinta de todos los otros. Comienzan siempre por un pareado: despues se repite el primer verso, y se canta como segundo otro que suele ser un ripio: se repite luego como tercer verso el que fué segundo del pareado, y se canta el cuarto concertado con el segundo.

Véanse para muestra un par de cantares, de esos que invariablemente se cantan al llegar á la puerta de la iglesia:

Ya que diste la palabra,
Ahora vienes á afirmarla.

Ya que diste la palabra,
La del escogido velo,

Ahora vienes á afirmarla
Delante del Rey del cielo.

Si el párroco ó el sacerdote que haga sus veces tarda un poco en salir al pórtico, que es donde se celebra el matrimonio, es de rigor que se cante este cantar que sigue:

Salga, señor cura, salga,
 Que está la niña en aguarda.
 Salga, señor cura, salga,
El del vestido de negro,
 Que está la niña en aguarda
 Y también el caballero.

Algunas veces el segundo verso, ó dígase el cuarto contando las repeticiones, no es un ripio como en los dos anteriores ejemplos, sino parte integrante del pensamiento desenvuelto en la copla. Verbigracia:

Como el agua cristalina
 Tiene la cara la niña.
 Como el agua cristalina,
 Que corre de losa en losa,
 Tiene la cara la niña,
 Y un poquito más hermosa.

A la conclusion de cada cantar suenan escalonados tres ó cuatro tiros.

III

Precedido del sacristan, que enarbolaba la cruz parroquial, y acompañado de dos acólitos, portadores uno del ritual y otro del caldero del agua bendita, salió el señor cura, y reinó el silencio. Callaron las mozas y las escopetas y el tambor, y nos quedamos como en la gloria.

El sacerdote comenzó á leer á los novios lo que los revisteros de salones y los novelistas suelen llamar la epístola de San Pablo, porque no suelen saber lo que dicen, pues no es tal epístola, sino una exhortacion compuesta *ad hoc* y adoptada por la Iglesia como preparatoria del sacramento. Cuando llegó á lo esencial de éste, á pedir el consentimiento á los novios, despues de haber preguntado á éstos y á los circunstantes, hasta por segunda y tercera vez, si tenían noticia de que existiera algun impedimento, cuando preguntó á Catalina si quería á Isidoro por su legítimo esposo y marido, Catalina contestó con un *sí quiero* casi imperceptible.

— Más alto, un poco más alto — dijo el sacerdote: y la muchacha repitió las dos palabras esforzando un poco la voz y dejando correr al mismo tiempo por sus mejillas dos cristalinas lágrimas. Estaba conmovida de veras.

Siguió la bendicion de los anillos y de las arras, que eran trece coronillas, y á pesar de lo grave del caso se sonrió un poco la gente al ver que Isidoro, emocionado y tembloroso también, no acertaba á poner el anillo en el dedo de la novia.

La última palabra del sacerdote al concluir el desposorio fué ahogada por una descarga

de las escopetas, que querían, al parecer, desquitarse del tiempo que habían estado llamadas.

Entramos todos en la iglesia y comenzó la misa de velacion en la que habían de comulgar los novios, piadosa y buena costumbre que en aquella montaña se observa con tanto rigor como si fuera de necesidad para la validez del sacramento.

Cerca de las gradas había un felpo para que sobre él se arrodillaran los novios: el padrino y la madrina se quedaron un poco más atras, en segundo término. El coro empezó á oficiar la misa.

El mayordomo, que en los pueblos pequeños hace las veces de sacristan, cuidó de entregar la banda blanca al padrino para que éste se la pusiera á los novios, como lo hizo en efecto, extendiéndola sobre los hombros del novio y llevándola despues por encima de la cabeza de la novia.

Por cierto que posteriormente he visto que en algunas parroquias se había suprimido esta ceremonia de la banda ó del *velo*, de donde vinieron las palabras *velaciones*, *velar* y *velados*, que tanta importancia tienen en nuestra legislacion, donde para que el marido tenga la administracion de sus bienes y de los de su mujer, áun siendo menor de edad, es menester

que sea *casado é velado* (1). Tratando de inquirir la causa de aquella supresion, me enteré de que hacia el año de 1880 se había publicado en los boletines eclesiásticos de algunas diócesis una instruccion, ó cosa así, obra de algun secretario de cámara de esos que tienen mucha más presuncion que ciencia, en donde se reprobaba y prohibía el uso de la banda, citando al efecto mal traducido y mal entendido un decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos en que se prohibía poner á los novios bajo un pálio.

Desde luego me pareció tan injustificada la supresion de la banda, como sabia y prudente la conducta de los párrocos que no hacían ni estaban dispuestos á hacer caso del Boletin, mientras en el Ritual español ó toledano permanezca como permanece la prescripcion para que se ponga la banda á los novios. Pero á mayor abundamiento he visto despues un decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos, dado en 5 de Septiembre de 1881 para la Guayana, que manda conservar la costumbre de poner á los novios la banda, sin que deje lugar á duda (2).

(1) Leyes de Toro.

(2) La consulta dice: *Num consuetudo sponsi*

Y esto es lo sabio y lo prudente: no suprimir ninguna ceremonia de las que contribuyen á dar solemnidad al matrimonio canónico, y menos en estos desgraciados tiempos en que tantos enemigos tiene, en que por tantos caminos se trata de disolver la familia cristiana, y en que leyes impías equiparan ó sobreponen al santo sacramento del matrimonio una farsa celebrada ante un funcionario civil.

IV

Era la primera vez que yo había entrado en la iglesia de Los Espejos, y no reparé sino en que, comparada con la de Pedrosa, era muy pequeña. Después la he vuelto á ver muchas veces, y he visto que es bellísima. Tiene un retablo gótico con hermosas pinturas en tabla, encerradas entre repisas y doseletes dorados de primorosa filigrana.

La lástima es que las tablas andan ya desunidas y las repisas y los doseletes se están cayendo á pedazos, comidos del coronjo; pero no conozco nada en su género de mérito igual

scapulas, sponsæque caput velandi in benedictione nuptiarum retinenda sit? Y la contestacion dice: Nihil innovetur.

á dicho retablo, pues ni aún puede comparársele el tan celebrado de la Catedral de Oviedo (1).

¿Cómo está aquella joya escondida en una iglesia microscópica de un pueblo microscópico también y olvidado en lo más escabroso de la montaña?

Es tradición antigua, confirmada por no despreciables documentos, que aquella iglesia la edificó la Reina doña Constanza, viuda de Fernando IV el Emplazado, la cual pasó los últimos días de su vida en aquel valle (que por eso aun hoy se llama *Tierra de la Reina*) (2) y está enterrada en la misma iglesia al lado de la epístola, donde en efecto hay un sepulcro gótico en el muro. Los historiadores suelen decir que esta Reina murió y fué ente-

(1) Pocos años después de escrito este libro, por incuria de un párroco de Barriedo, encargado también de esta iglesia, pereció abrasado el precioso retablo.

(2) En Pedrosa del Rey, que está lindando con tierra de la Reina, llaman comunmente á esta tierra *Portugal* y á sus habitantes *portugueses*, denominaciones que parecen confirmar el hecho de haber residido efectivamente la mencionada Reina en aquel valle, pues sabido es que era portuguesa doña Constanza.

rrada en Sahagun, distante de allí trece leguas; mas no tiene nada de particular que confundan el pueblo de Sahagun con la comarca, de la cual era Sahagun en la Edad Media, por su célebre monasterio, una de las poblaciones más importantes...

* * *

Pero lo más importante de este relato son los novios, y los tenemos olvidados.

En este momento salen de la iglesia y son recibidos con nuevas salvas y nuevos cantares.

Los dos coros de mozas reanudan sus cantares con una verdadera lluvia de flores de que no se libra ni el señor cura.

Del cual la dicen á la novia:

El cura que te ha casado
Merecía un obispado.
El cura que te ha casado,
El de la capa de seda,
Merecía un obispado
Por su virtud y su ciencia.

Las de Salio convidadas por parte del novio, formaban otro coro aparte; y un tanto atufadas de que las de Los Espejos cantaran divinidades de la novia, comenzaron á alabar al novio como en competencia. Á un cantar

de las de Los Espejos, que comenzaba con estos versos:

Bien educada la llevas,
Da de agradecido pruebas...

contestaron las de Salio con otro que empezaba así:

Si la novia está educada,
Al novio no le ganaba...

Insistían las de Los Espejos cantando:

Estímala, caballero,
Que otro la pidió primero.
Estímala, caballero,
Bien la puedes estimar,
Que otro la pidió primero
Y no se la *quison* (1) dar.

Y contestaban las de Salio:

Si otro la pidió primero,
Quieta se estuvo en el priego..., etc.

Y así, de una en otra, sin las amonestaciones pacíficas de personas formales, sabe Dios cómo hubieran concluido.

Llegada la comitiva á casa de la novia, ésta

(1) Contracción de *quisieron*, muy usada.

se quitó la mantilla, se puso á la cabeza un pañuelo blanco de media seda atado abajo y salió con la madrina á *dar el bollo*.

Esta ceremonia, que en ninguna boda puede faltar, es un obsequio á las mozas que cantan y á los mozos que tiran tiros, sin estar brindados á la boda, y á los rapaces y á todo el que se acerca.

La novia, acompañada de la madrina, sale al antojano de su casa con una azafate de blancas mimbres llena de zoquetes de torta amasada con leche y manteca y espolvoreada por arriba con azúcar; el público se forma en semicírculo en la antepuerta, y la novia va pasando y presentando la azafate, de donde cada cual va cogiendo un trozo de torta, diciendo al mismo tiempo alguna de estas frases á la donante: *¡que sea en hora buena! ¡que sea para servir á Dios! ¡que sea por muchos años!...* Detrás de la azafate va un muchacho de la familia escanciando vino, con una jarra blanca y azul en una mano, y en la otra dos cortadillos de cristal en una bandeja de hojalata con ondas (como puso Abascal el estanque del Retiro) pintada de rosa y verde. El primero que bebe suele decir antes de llevar el vaso á los labios: *¡Jesus! Porque Dios les haga muy felices en esta vida y en la otra!* Y los demas van diciendo cuando les llega el turno: *¡Jesus!*

¡Por lo dicho! Otros vuelven á brindar con palabras diferentes, pero expresando siempre el deseo de que sean felices los recién casados.

Mientras á la puerta se daba este convite al público, los que éramos de boda tomábamos dentro de casa un tente en pié, y luego los hombres nos íbamos á jugar á los bolos, diversion favorita del país en la que, al paso que se luce la habilidad, se hace moderado ejercicio.

Dos horas despues nos hallábamos sentados á la mesa formando á la cabecera el señor cura, á su derecha el novio y la novia, á su izquierda el padrino y la madrina y luego los demas convidados. La comida comenzó por el mismo plato que en todas las bodas, por *manteca batida*, que es lo que en Madrid se conoce con el nombre de *mantequilla de Soria*, sólo que allí no se servía en cajas de madera, sino en platos.

Despues nos sirvieron la sopa y suculentos cocidos de garbanzos y fréjoles en tabla; despues, aparte, la clásica morcilla; luego estofado, luego truchas, fritas y cocidas, para todos los gustos, luego asados de carnero y de ave, sin que faltaran á los postres el arroz con leche, las natillas y las mantecadas, especialidad del país.

Así se come en las bodas de los pobres.

Lo maló del caso era que los coros de canto no quisieron dejarnos en paz ni áun en la comida, y á lo mejor salían cantando en alabanza de este plato ó del otro. Al servir la sopa, que tenía ramitos de perejil por encima, cantaban:

Aunque ya ha pasado Abril,
No se secó el perejil; etc.

Al estofado decían:

Qué bueno está este carnero...
Mejor aquí que paciendo; etc.

Toda la comida fué cantada.

El señor cura, que al empezar había bendecido la mesa, dió gracias á Dios al concluir, rezando luego á coro con los convidados varios Padrenuestros por las obligaciones difuntas y por la felicidad de los novios, concluyendo la oracion con el consabido: ¡Dios le pague la buena obra! y las exclamaciones de: ¡Dios les haga buenos casados! ¡Muchos años vivan!; etc., etc.

Mientras las personas mayores se acostaron á dormir la siesta, los jóvenes nos volvimos á la bolera, los novios se fueron á visitar á una tía de Catalina que estaba enferma y no había podido asistir, y á despedirse de ella, porque

aquella misma tarde había que emprender la marcha para Salio, donde se había de celebrar á otro día la tornaboda.

Por eso los hermanos de Catalina, bajo la direccion de su madre, comenzaron á cargarla el carro.

V

El carro de la novia, cosa muy principal en estas bodas, le constituyen los enseres apuntados en la carta dotal, los que á la novia la dan sus padres para empezar á poner casa. Realmente estos enseres se cargan en un carro para trasladarlos aquel mismo día á la nueva vivienda, ya esté en el mismo pueblo ya en otro cercano.

Y ponen gran esmero los parientes de la novia, no sólo en que los enseres sean buenos y, por supuesto, nuevos, flamantes, sino en colocarlos de la manera que más luzcan y parezcan mejor, pues tambien aquí entra la estética. Todo esto, amen de engalanar el carro con cintas y poner á los bueyes esquilonos con collares de piel de tejon, que es el mayor lujo en la materia.

Lo primero que se coloca en el cuerpo del carro es el arca, una arca terciada, es decir, ni muy grande ni muy chica, hecha *ad hoc*, dentro de la cual va la ropa de vestir de la novia.

Sobre el arca va un jergón nuevo sin llenar, unas almohadas, una manta casera y una colcha valenciana ó un cobertor teñido, y encima un rastrillo, una zaranda un cedazo y otros varios títeres.

Delante del arca, en la delantera del carro, va un esreño nuevo, boca abajo, y encima, espetada en el centro del hondon, la rueca con su cerro recién enrocado y empezado á hilar y el huso colgando, y sobre el cerro el roquero nuevo de hule pintado, todo en señal de que la muchacha es hacendosa, y en reverencia de lo que dice la Sagrada Escritura de la mujer fuerte, *quæ sivit linum et lanam...*, etc.

A la trasera del carro va una caldera mediana nuevecita, de uno de los estadonjos cuelgan unas trébedes, á los lados del arca van dos morillos y por debajo de la caldera asoman sus mangos el cazo y la sarten, que no riñen, ni ésta le dice á aquél: «¡quítate allá, que me tizas!» porque ni uno ni otra están ahumados. De los otros estadonjos penden una alforja blanca y dos cestos pequeños.

En tanto se había armado baile, en el que á menudo se oía el grito de ¡vivan los novios!

Catalina se había quitado para bailar la basquiña de cúbica y el jubon de alepin, luciendo en lugar de este último una chambra de percal blanco con flores encarnadas, y en vez de

la basquiña, un manteo de sempiterna verde con dos terciopelos estrechos y una tirana de percal frances ancha y vistosa.

VI

Suspendióse el baile á las cinco y se volvió la novia á vestir de gala. Estaba ya cargado el carro y uncidos los bueyes y á caballo casi toda la comitiva. Ya no faltaba más que Catalina, que se estaba despidiendo de su madre entre lágrimas y suspiros y abrazos y besos.

Para no quebrantar la costumbre de las bodas modestas, la novia debía ir á las ancas con el novio; pero resultó que Isidoro había ido el montado en una yegua de pastores, medio cerril, que no sufría ancas; y la pobre Catalina se tuvo que bajar más que aprisa, apenas la habían puesto sobre la almohada guarnecida de encaje, que era la misma en que se había arrodillado por la mañana para que su padre la bendijera.

En semejante conflicto de última hora, visto estaba lo que había de suceder: el buen Isidoro pedía humilde pero confiadamente al señorito que le dejara su caballo, y... ¿cómo me había yo de negar, cuando de mi anuencia dependía que no se desluciera la fiesta? En el acto se cambiaron las monturas, yo monté en

la yegua medio cerril, muy contento por la doble ocasion de hacer un favor á Isidoro y de hacer de jinete, y los novios se instalaron cómodamente sobre mi caballo, al cual no le debió hacer mucha gracia el cambio de las cuatro arrobas y media que yo pesaba entonces por las diez bien cumplidas que pesaría la feliz pareja. Quizá reflexionara el pobre animal allá para sí sobre la conveniencia de no sufrir ancas.

Inmediatamente nos pusimos en marcha; pero bien pronto hubimos de suspenderla, porque á la salida misma de Los Espejos nos esperaba la justicia del pueblo, no para meternos presos ni para causarnos ninguna molestia, sino para lo que se llama *despedir las bodas*, para dar á la novia y darnos á todos los acompañantes el convite oficial de despedida.

La justicia se componía del alcalde pedáneo, el procurador, dos mesegueros y dos vedores, armados éstos de una bota de vino que nos habían de hacer beber por los vasos de concejo.

Los vasos de concejo, que se guardan en el archivo concejil, para los convites oficiales, son necesariamente dos y necesariamente de plata. El peso y el tamaño pueden variar, pero no el número ni la materia.

Ni aún la forma, que suele ser siempre la

de una taza con dos asas. Así me acuerdo que eran y serán todavía los de Pedrosa, dos tazas enormes de plata de cabida de cerca un cuartillo, con una inscripcion grabada alrededor que decia: *Del concejo de la villa de Pedrosa del Rey*.

Antiguamente, en los pueblos donde había nobles y plebeyos, además de los dos vasos de plata, por donde bebían los nobles, había otros dos de cuerno, y por éstos bebían los plebeyos, aún en un mismo convite. Por eso á los plebeyos se les llamaba también *los de la cuerna prieta*.

En Pedrosa nunca hubo vasos de cuerno, porque no podía nadie ser allí vecino sin ser noble, por un privilegio de Alfonso Onceno renovado por los Reyes Católicos, vigente hasta principios del siglo xix.

El convite se repitió en Villafrea, Boca de Huérgano y Pedrosa, que eran los pueblos del tránsito, y todo el mundo, comenzando por la novia, tenía que probar el vino: no había remedio. Y además había que brindar, aunque no fuera más que *por la buena vista*, y despues, *por lo dicho*.

Por cierto que la pobre Catalina, como estaba realmente cortada, dijo en una de aquellas ocasiones al coger el vaso en la mano:— ¡Jesus! á que Dios les dé salud pa...—y en esto

llegó con el vaso á los labios y no concluyó el brindis.

Con todas estas cosas, cuando llegamos á Salio estaba el sol poniéndose.

La justicia nos esperaba tambien en las eras y hubo otro convite, y otro chaparron de parabienses.

En cuanto nos apeamos á la puerta del novio comenzó el baile, que se suspendió luego para cenar y se reanudó despues durando hasta cerca de la media noche.

Sin perjuicio de lo que habría que bailar á otro día en la tornaboda.

IV

EL ALMUERZO DEL SASTRE

EL ALMUERZO DEL SASTRE

—Anda, Quico, cuéntalas un cuento á estas rapazas, que despues de tanto como han trasgueado, se están durmiendo: entreténlas hasta que toquen á Misa de Gallo.

—¡Ay! sí, sí—dijeron á coro Isabel, Antonia, Paula, María, Catalina, Jesusa y Juana, las siete primas, cuya edad variaba desde nueve á quince años, reunidas á tomar colación en casa de su abuela.

Y en un momento, Quico, que era el diablo, segun solía decir la dueña de la casa, ó por lo menos, de la piel del diablo, se halló rodeado de ángeles; de aquellos siete ángeles que, clavando en él siete pares de hermosos ojos negros, le repetían: —Sí, sí, anda; cuéntanos un cuento, Quico.

—¡Si ya no sé ninguno, hijas mías; si todos los que sabía os los conté ya la otra noche!...

—Alguno te habrá quedado...

—Rebusca á ver...

—No seas remolon.

—No nos hagas rabiarse...

—Sí, sí, anda, anda.

—Vamos, principia, hombre...

—¡Silencio, chicas! que va á comenzar.

Y no pudiendo resistir á tan vivas instancias, dijo Quico:

—Bueno: voy á ver si me acuerdo de uno...

—Sí, sí.

—No heis de decir *sí, sí*.

—Pues no diremos nada.

—Tampoco heis de decir, *pues no diremos nada*.

—¡Ah! no, Quico, no; ese es el cuento de las medias azules.

—Ese le sabemos todas...

—Todas.

—Ese no queremos...

—Cuéntanos otro.

—Sí, otro, otro.

—Bueno; pues otro—dijo Quico;—y habiéndose quedado las niñas como en misa, añadió, despues de toser sin ganas:

—Amigas, una vez... era un sastre, que estaba casado con su mujer...

—¡No, que estaría casado con su tío!

—Calla tú, grandullona; si me interrumpes no lo cuento.

—Sí, sí, cuéntale, Quico; no hagas caso.

—Pues, como digo, una vez era un sastre que estaba casado con su mujer... y era sastre...

—La Misa del Gallo no se dice más que una vez al año.

—¡Mira el arvejo! ¿Tambien tú?

—Calla, Susa; pero niña, ¿no puedes callar?

—Pues que no diga las cosas dos veces.

—Que las diga todas las veces que quiera, con tal que cuente el cuento. ¿Qué más da?... Vuelve á principiar, Quico, y no las hagas caso á estas zurruterías.

—Una vez era un sastre, que estaba casado, y que, sin ser tan feo ni tan soso como Jacinto, á quien conocéis todas vosotras, andaba como Jacinto cosiendo á jornal por las casas. ¿Y sabéis lo que le solían dar de almorzar en las casas donde cosía?

—Un par de huevos.

—Eso, dos huevos fritos...

—Pues claro, eso almuerza Jacinto tambien.

—Ese es el almuerzo del sastre.

—¡Como que al dos de oros, porque se parece á dos huevos fritos, le llamamos nosotras, cuando jugamos á la mata, el almuerzo del sastre!...

—Bueno; pues eso, un par de huevos fritos le daban de almorzar al sastre de mi cuento donde iba á coser.

Pero algunos días no iba á parte ninguna porque nadie le había llamado, y se quedaba en su casa cosiendo para él una chaqueta ó unos pantalones, de la tela que había sisado á unos y otros.

Y el maldito del sastre se empeñaba en que, los días que estaba en casa, también había de almorzar dos huevos, contra la voluntad de su mujer, que no quería darle más que uno, porque ponían poco las gallinas; sobre lo cual armaban entre los dos cada pelotera que temblaba el misterio.

—Y eso es pecado. ¿Verdad, Quico, que es pecado reñir entre marido y mujer?

—Sí, hija, sí; pero no era el pesado mayor del sastre el de reñir con su mujer, porque también la solía abanicar de vez en cuando.

—¡Valiente tuno!

—¡Con que la pegaba el bribon á la pobre mujer!

—Algunas veces. Y es de creer que la hubiera pegado muchas más, si no fuera que ella tenía un hermano que había sido sargento de coraceros y vivía allí cerca de su casa, el cual le había dicho al sastre que el primer día que volviera á poner las manos á su hermana era el último de su vida.

Con esto, el sastre no se atrevía á llevar ya las cosas por la tremenda; pero no querien-

do resignarse tampoco á dejar de almorzar dos huevos, discurrió, para ver si curaba las roñoserías de su mujer, darla un susto bien grande.

Un día dijo que estaba malo. —¿Qué tienes?—le preguntaba su mujer. —No lo sé—respondía,—pero me siento mal... Como todos los días me estás pudriendo la sangre á disgustos, la tendré ya corrompida toda y... me parece que me muero. —¡Jesus! hombre; qué cosas tienes—le dijo ella alarmada; y llamó al cirujano.

Fué el cirujano, y enterado de la sospecha del sastre sobre la corrupción de la sangre, le dió una sangría como á un toro.

—Con esto descansará y se mejorará—decía el matasanos aquél; pero el sastre, como estaba decidido á morir, no mejoraba. ¿Qué había de mejorar? Por el contrario, en cuanto el cirujano volvió la espalda, comenzó á decir:

—Que me pongo peor, que me pongo peor; —y, entre el aturdimiento y los gritos de la consorte, cerró los ojos y dió las bocadas en toda regla.

Volvió el cirujano, avisado de nuevo por mandado de la pobre mujer que todavía tenía alguna esperanza de que aquello no fuera más que un desmayo; pero despues del reconocimiento, reducido á media docena de pellizcos

que el sastre resistió heroicamente, el *físico* declaró que aquel hombre estaba tan muerto como su abuela. Con lo cual comenzaron los preparativos del entierro para la mañana siguiente.

Y en efecto, á otro día temprano, cantáronle en la iglesia el oficio de difuntos y la misa de *Requiem*, y cuando le llevaban hacia el malvar...

—¡Chachas! mirad cómo está Juanina con la boca abierta...

—¡Sí, pues tú, hija, puedes decir!

—A ver si calláis, criaturas; si no, se acabó el cuento.

—No, no; sigue, Quico...

—Ahora que íbamos á lo mejor...

—¡Como quien bien lo entiende, cusculita!

—Tan bien como tú, presumidona.

—Callad, fastidiosas, que le vais á hacer enfadarse de veras. Sigue, Quico, sigue: «Y cuando le llevaban hacia el malvar...» Aquí ibas.

—Pues sí, cuando le llevaban hacia el cementerio en las andas de la parroquia, iba su mujer detras del entierro dando gritos y diciendo simplezas, ó á lo menos diciendo todas esas cosas que suelen parecer simplezas á los que no tienen pena por el difunto.

—«¡Adios, adios, marido de mi alma!»—

decía entre otras cosas, sin que nadie la hiciera caso.—«¡Cuánto pesar tengo por lo mal que me portaba contigo!... Si vivieras ahora, todos los días te había de dar dos (aludía á los huevos fritos del almuerzo, causa y origen de todas sus disputas); ¡ay! ¡con cuánto gusto te había de dar dos!»

Oír estas palabras el sastre, y decidirse á resucitar, todo fué uno.

Acertaba á pasar entonces el entierro por debajo de un añoso y copudo castaño que daba sombra á la bolera del lugar, y aprovechando la buena coyuntura, en menos tiempo del que se gasta en decirlo, desenredó el muerto las manos del rosario con que las llevaba sujetas, é incorporándose en las andas, que no tenían más que una rejilla de madera por los lados sin arcos por encima, se agarró á una rama.

Los que llevaban las andas las dejaron caer asustados al sentir el movimiento del que creían difunto, y éste quedó colgado de la rama, de donde se descolgó fácilmente al suelo, y en cuanto se desató los pies, echó á correr, así amortajado en paños menores como estaba, y gritando como un loco: «¡Que voy á comer dos! ¡que voy á comer dos!...»

Excuso decir que, al primer movimiento del muerto, se había desbandado la procesion

fúnebre, y todos los que formaban parte de ella iban corriendo á ruín el postre delante del resucitado, bien convencidos de que los gritos de éste: *¡que voy á comer dos! ¡que voy á comer dos!* no significaban sino que allí mismo y de primera intencion se iba á comer un par de personas.

Y sucedió que entre los del entierro iba un cojo, el cual, como fuera naturalmente quedándose atras desde los primeros pasos, al sentirse ya casi alcanzado por el sastre, decía, resignándose con su suerte:

—«Que se quede otro conmigo,
Que yo me doy por comido.»

—¡Ay! ¡el pobre!—dijo Jesusina, mientras las mayores se echaron á reir á carcajadas.

—¿Y ahí se acabó el cuento, Quico?—preguntó María, que fué la que primero acabó de reir el lance del cojo.

—No; ahora falta la segunda parte, que ya habréis oído que suele ser siempre la más lastimosa.

—¡A ver, á ver!...

—Allá va ahora mismo.

Ya supondréis que el sastre no comió al cojo ni á ninguno de los demas...

—Respira, Susa.

—No interrumpas, sosa.

—Lo que comió fué su par de huevos fritos aquel día y todos los demas de aquella semana y de la siguiente. Pero pasó el tiempo, y á la mujer del sastre se la pasó el susto; y volvió á las andadas... Vamos, que volvió á no querer dar á su marido más que un huevo solo, encestándose en esta ruindad sin hacer caso de reconvenções. Y habiéndose muerto por entonces su hermano el sargento, viendo el sastre que ya por aquel lado no tenía nada que temer, comenzó de nuevo á darla cada tollina que la doblaba.

La cosa se fué poniendo tan seria, y las palizas del sastre menudeaban tanto y eran tan fuertes, que la pobre mujer, ¡Dios se lo perdone! no deseaba ya otra cosa sino que se volviera á morir su marido, pero de veras, y no para resucitar como antes.

Y es claro, como á todos, más tarde ó más temprano, nos ha de llegar esa hora, le llegó al sastre la de morirse, y se murió como otro cualquiera.

El precedente de la broma anterior hizo que el señor cura tomara mayores precauciones para no exponerse á otra igual; mas como resultara indudable que la muerte era real y verdadera, se dispuso á enterrar al sastre con la solemnidad ordinaria.